

★ **BOMBAS** ★
FUERA
HISTORIA DE UN BOMBARDERO

John Steinbeck



Prólogo

John Steinbeck

Todo libro debe llevar una dedicatoria, supongo, pero éste libro es una dedicatoria. Es una dedicatoria a los hombres que han sobrellevado el duro y estricto adiestramiento al que han de someterse los miembros de la tripulación de un bombardero y que han partido para defender a la nación. Este libro está dedicado a esos hombres, si bien no es a ellos a quien va dirigida su lectura, pues ésta les resultaría muy elemental. Este libro está dirigido a los hombres que compondrán las futuras tripulaciones de bombarderos y a sus padres, a los que siguen en casa. En ninguna parte de este libro se insinúa que formar parte de dicha tripulación sea sencillo. Es harto difícil. Pero puede constituir una ventaja para el aspirante a cadete o a artillero, para el aspirante a operador de radio o a jefe de mecánicos, saber lo que le aguarda cuando presente la solicitud de ingreso en la Fuerza Aérea; y la lectura de este libro está dirigida a las madres y padres de los miembros en ciernes de la Fuerza Aérea, a fin de que puedan hacerse una idea del adiestramiento que han seguido sus hijos. Sus hijos no tendrán tiempo para contárselo una vez iniciado dicho adiestramiento.

Y lo que este libro pretende, sobre todo, es hablarles a todos sin excepción sobre la clase y la calidad de nuestra Fuerza Aérea, sobre el calibre de sus hombres y sobre la excelencia de su equipamiento. Escribir un libro como éste entraña una única gran dificultad. Es tal la rapidez de desarrollo de la Fuerza Aérea, y tan libre se halla ésta de las constricciones de la tradición, que se producen cambios a diario. Así, para cuando el libro esté concluido y publicado, parte de él corre el riesgo de haber quedado obsoleta. Nada se puede hacer para evitarlo. El mundo está cambiando igual de rápido. Una cosa hay tan sólo que no cambia. Los jóvenes de hoy son análogos



Grupo de AT-9 en vuelo

a cualesquiera otros jóvenes de nuestra historia. Los exploradores y soldados del pasado tienen sus homólogos en el presente. La Fuerza Aérea así lo demuestra. La Fuerza Aérea demuestra la estupidez de los desconcertados europeos, quienes al contemplar a ésta, nuestra nación, en paz, concluyeron que era una nación degenerada, quienes, al observar que nos enfrentábamos y discutíamos en el ámbito político, interpretaron este indicador de nuestra energía como una señal de nuestra decadencia. Los «Fortress» y los B-24, los Airacobra y los P-47 ya han echado por tierra sus ilusiones.

El autor desea agradecer a los oficiales y a los hombres que le ayudaron y le instruyeron. No se les agradecerá individualmente porque ello supondría romper con una tradición de la Fuerza Aérea. Para terminar, el título *Bombas fuera* está tomado de la llamada del oficial de bombardeo cuando las enormes bombas son liberadas de sus alojamientos y se precipitan en arco hacia el enemigo. El oficial de bombardeo alza el micrófono en el morro transparente del aparato y su voz penetra en los oídos de todos los miembros de la tripulación y anuncia: «Bombas fuera». Eso significa que la misión está cumplida, significa que es hora de volver a casa. Un día, la llamada resonará sobre un enemigo abatido y entonces habrá llegado la hora de regresar a casa para siempre.

Introducción

John Steinbeck

Es probable que a lo largo de la historia no haya habido otra nación que tratase de evitar con tanta vehemencia y consideración el conflicto como lo hizo Estados Unidos en sus intentos por evitar la actual guerra contra Japón y Alemania. En los años de 1930 a 1940, la nación estaba absorta en las dificultades internas, en problemas de distribución y producción no imposibles de solucionar, pero que exigían meditación y pruebas de ensayo y error y ciertas dosis de conflicto. Imposible saber si se podría haber alcanzado una solución ni lo mucho que se habría tardado en alcanzarla. Pero durante el periodo de tiempo en el que todavía no se habían marcado unas directrices a seguir, ni se había establecido un objetivo, una generación de hombres y mujeres jóvenes permanecía a la espera contando los minutos, sin saber adónde se dirigía. Es más, cuanto les preocupaba era mantenerse con vida hasta que se les marcara la dirección a seguir. Los jóvenes recién salidos de la universidad, incapaces de encontrar trabajo, sin metas, cayeron en el descorazonamiento primero y en el cinismo, después; un insólito y poderoso estado de ánimo calificado como desesperación intelectual, pero que en realidad era el producto de la ociosidad mental y física, se abatió sobre la juventud del país.

Los jóvenes no se diferenciaban de esos coágulos de muchachos que merodean a las puertas de las salas de baile femeninas aguardando a que ocurra algo. Una anarquía de pensamiento y acción se había asentado de hecho en los jóvenes del país. Quizá podría haberse hallado un antídoto contra tan venenosa ociosidad y deriva, algún programa de desarrollo a gran escala para la mejora del país (alguna directriz o política económica para erradicar el letargo). Pero entretanto, perdido un conjunto de certezas

y a falta del establecimiento de un nuevo conjunto, el país avanzaba a trompicones. A trompicones tan flagrantes, es más, que nuestros enemigos nos creyeron desahuciados. Llevados por nuestra inseguridad, intentamos soslayar cualquier pensamiento sobre la guerra y los medios para la guerra y los preparativos para la guerra. Algunos de nuestros dirigentes desearon dividir el planeta por la mitad —para defender este hemisferio del otro—, mientras que otros pensaron en que no sería mal negocio ni mala idea entregarle a Inglaterra las armas para que librase la guerra por nosotros.

Tal vez el futuro demuestre cuán afortunados fuimos al no permitírse nos emplear ninguno de estos dos métodos para la guerra. Nuestras disputas y nuestra falta de unidad bien podrían habernos relegado a una inactividad total o parcial hasta que ya fuese demasiado tarde. Pero Alemania y Japón estaban llamados a cometer un error fatal más tarde o más temprano, y así lo hicieron, con creces. Al atacarnos destruyeron a los mejores de sus aliados, a saber, nuestra a tonía, nuestro egoísmo y nuestra falta de unidad.

El ataque activó el impulso animal más poderoso que se conoce —el de la supervivencia—. Estableció una dirección hacia la que poder dirigir la totalidad de nuestra vitalidad —y nuestra vitalidad es muy poderosa—. Lo que el Eje no alcanzó a comprender fue que la magnitud de nuestra inquietud correspondía en igual medida a la magnitud de nuestra vitalidad. Nos echaron la guerra en los brazos; no pudimos sortearla, pero, para nuestra fortuna, se nos ha procurado una clase de guerra que somos muy capaces de librar: una guerra sin una técnica o método establecidos, una guerra basada en la producción, en la que sobresalimos. De haber elegido nosotros la clase de guerra a lidiar, no podríamos haber dado con una más ajustada al genio nacional. Pues es ésta una guerra de transporte, maquinaria, de producción en masa... campos todos en los que nuestra nación ha sido pionera, si no la inventora.

Precisamente con las técnicas que requiere esta guerra, nuestro pueblo exploró un continente, lo pobló y lo desarrolló, tendió vías de ferrocarril de Este a Oeste, construyó carreteras por Norte y

Sur, cavó en busca de metales, y represó ríos para obtener energía. Y la energía y la versatilidad y la iniciativa que permitieron desarrollar este continente no han muerto. Tal vez parte de las dificultades previas al comienzo de esta guerra la causaran la viveza, la versatilidad y la iniciativa sin meta.

Ni siquiera las tácticas que en este momento se están empleando en Europa y en China nos son desconocidas; la guerra de guerrillas, la guerra de comandos, nuestros padres las aprendieron de los indios hace doscientos años y durante doscientos años las hemos practicado.

Hasta los niños que juegan en los solares vacíos de Norteamérica practican las tácticas de la guerrilla y de los comandos en sus juegos, a la vez que la velocidad, la mecánica y los motores les son prácticamente innatos. En definitiva, ésta es la clase de guerra para la que los norteamericanos están probablemente más capacitados para luchar y luchar mejor que cualquier otra nación del mundo.

El blanco ya está fijado y contamos con una meta y un camino a seguir, y una suerte de júbilo desenfrenado recorre el país. El Presidente estableció un objetivo en la producción que resultaba casi disparatado y que se está alcanzando. El Estado Mayor diseñó un Ejército sin parangón en el mundo y dicho Ejército está siendo reclutado y adiestrado.

Desde el final de la última guerra, los más astutos de nuestros generales previeron el poder que una gran Fuerza Aérea bien adiestrada concedería a la nación. Estos líderes venían defendiendo la creación de una Fuerza Aérea formidable y el adiestramiento de miles de pilotos. Pero como siempre ocurre, la resistencia al cambio se alzó en su contra. Se les negaron instalaciones y presupuesto y, en un caso al menos, se les llegó a perseguir.

Hasta que Alemania no demostró con tanta violencia en Bélgica, en Holanda, en Noruega, en Creta, cuán devastador podía llegar a ser el poder aéreo, no cayó esta nación en la cuenta de que debemos contar con una gran Fuerza Aérea. Y nos encontramos ahora con que lo que Alemania logró en ocho años debemos nosotros superarlo en menos de dos. Estamos reuniendo la más formidable Fuerza Aérea del mundo y estamos adiestrando,

desarrollando y reuniendo el cuerpo de jóvenes más selecto del país para hacerla operativa.

Los Comandos de Adiestramiento de la Fuerza Aérea no están cometiendo el error de intentar crear una gran Fuerza Aérea con productos de segunda. Al contrario, las pruebas físicas y mentales a las que se somete a los aspirantes son tan estrictas que la aceptación por parte de la Fuerza Aérea de un joven constituye de por sí una prueba de que éste supera con mucho a la media en inteligencia, salud y fortaleza.



«Se avistó un vapor...»

Ya se cuentan por millares los aviones que producen las cadenas de montaje y por millares se cuentan los hombres que están siendo adiestrados para volar en ellos. Centenares de nuevos campos de aviación están siendo delineados por todo el país. A los centros de reclutamiento llegan cada día camiones de jóvenes repletos para iniciar su adiestramiento y puesta a prueba. Porque el adiestramiento ha sido tan veloz y tan sin precedentes, porque la

Fuerza Aérea está haciendo tradición sobre la marcha, una serie de mitos y cuentos y falsas ideas ha empezado a circular por el país.

Un buen ejemplo de esta clase de mito es esa afirmación tan manida de que un oficial de bombardeo tiene una vida de veinte minutos. Cómo puede haberse llegado a obtener semejante cifra y en base a qué y comparada con qué es algo imposible de dilucidar. Uno podría afirmar con la misma certeza que un peatón tiene una vida de quince minutos o que un hombre cruzando una calle tiene una vida de media hora. La persistencia de afirmaciones tan irresponsables resulta asombrosa. Si a un peatón lo atropella un coche o a un oficial de bombardeo le alcanza una bala ambos pierden la vida, y si no, siguen vivos.

El desarrollo de nuestra Fuerza Aérea ha sido tan veloz y los hombres responsables de diseñarla han estado tan ocupados que hasta ahora no había habido tiempo de plasmar en un libro el proceso por el cual un joven muchacho norteamericano se convierte en piloto, oficial de bombardeo, navegante o artillero. Los jóvenes pueden sentir cierta aprensión a la hora de iniciar un adiestramiento, cuyo proceso y técnica no comprenden. La intención de este libro es presentar en términos sencillos la naturaleza y la misión de la tripulación de un bombardero, y la técnica y adiestramiento de cada uno de sus miembros. Y es que la tripulación del bombardero está llamada a desempeñar un papel importante en la defensa de este país y en el ataque contra sus enemigos. Es el equipo más formidable del mundo.